



1. ACOMPAÑAR PARA EDUCAR

¿QUÉ ES EDUCAR?

¿Recuerdas a algunos de tus mejores profesores y maestros? ¿Por qué fueron tan significativos para ti? ¿Lo fueron por la información que te transmitieron? ¿Los llevas en la memoria por el título que conseguiste gracias a ellos? ¿Los guardas con tanto afecto en tu corazón porque daban el temario completo? ¿A qué maestros y educadores recuerdas con más admiración?

Si nos acordamos con afecto, agradecimiento y admiración de algunos de nuestros profesores no es porque fueran los adalides de un determinado plan educativo, porque manejasen bien las tecnologías del momento o porque fueran expertos en los «procesos de enseñanza-aprendizaje».

Los recordamos porque con ellos vivimos acontecimientos importantes para nuestra vida, porque despertaban lo mejor de nosotros, porque nos abrían un panorama personal e intelectual, porque nos admiraban y, posiblemente, porque nos miraban a los ojos, conocían nuestro nombre, reconocieron en alguna ocasión nuestras mejores cualidades y se paraban a hablar con nosotros. Lo que vivimos con ellos fue un *encuentro* que nos hizo crecer como personas. En este encuentro, ellos caminaron a nuestro lado; su presencia en nuestra vida constituía una experiencia vitalizante, un acontecimiento personal. Por esto, la filósofa y profesora Edith Stein explicaba que la educación, entendida como «llevar a otras personas a que lleguen a ser lo que deben

ser»² constituye un auténtico *acontecimiento*, un proceso en el cual hay personas que *acompañan* a otras para que crezcan hacia su plenitud.

Estoy convencido de que tú mismo/a has experimentado que tu tarea educativa (y, en general, ciertos encuentros tuyos con otras personas) han sido acontecimientos. Y lo han sido porque no lo has vivido como un hecho «que sucede» sino como una experiencia que te afectó positiva y profundamente. Por eso, el efecto que tiene este tipo de encuentros (y, de modo especial, los que se dan en contextos educativos) es *personalizante*, es decir, afecta a todas las dimensiones de la persona (intelectual, afectiva, espiritual, corporal, comunitaria), haciéndola crecer.

Por tanto, la educación la vivimos como un proceso de *encuentro entre personas*, como un acontecimiento que trasciende la transmisión de información, la realización de tareas o la corrección de exámenes. Y justo esto es lo que nos produce alegría profunda, lo que da sentido al día a día de nuestra tarea educativa: las personas *con quienes* nos encontramos y las personas *para quienes* trabajamos.

De esta manera, tenemos ante nosotros dos maneras de entender y vivir la identidad del profesor/a o maestro/a en el ámbito educativo. Se puede vivir, por un lado, como una función que se desempeña, como un rol (actuar como profesor/a), como actor en un entramado social en el que nos «toca» interpretar un determinado papel, pero que no nos toca en lo profundo. O se puede vivir, por otro lado, como una llamada biográfica,

² E. STEIN, *La estructura de la persona humana*, BAC, Madrid, 1998, p. 294.

como una misión, como un modo de vivir como personas en encuentro con otras personas, para acompañarlas en el tramo del camino de la vida en coincidimos ambos.

UN ACONTECIMIENTO AL SERVICIO DE LA PERSONA

La educación no puede ser, pues, habilitación de mentes, promoción de alumnos para situarlos en la casilla de salida del sistema laboral, mero entrenamiento en habilidades o competencias. Es algo mucho más grande. Es trabajar en la promoción integral de unas personas en un proceso de encuentro en el que experimentan un crecimiento.

¿Te has fijado en que siempre que se habla de educación el foco de atención se sitúa en los procesos de enseñanza y aprendizaje que tienen por destinatarios a niños, adolescentes y jóvenes? Los discursos «oficiales» y académicos acerca de la educación insisten —en unos términos u otros— en que los planes educativos tienen por objeto el desarrollo de las capacidades, la personalidad e incluso la identidad de los alumnos, para favorecer la adquisición de conocimientos, valores y promover la convivencia. Sin embargo, a la hora del desarrollo, todo parece concretarse en orientaciones sobre el número de ciclos y cursos, áreas de conocimiento, materias, diversificación curricular o modos de evaluación.

¿No tienes la impresión de que se te echa encima un sistema mecánico, hiperorganizado, donde se desdibuja precisamente el acontecimiento central del que hemos hablado, el encuentro con el alumno? ¿Y qué se dice en los diversos planes educativos —que se suceden vertiginosamente a veces al mismo ritmo que los cambios políticos— sobre el creci-

miento personal del profesor/a, del maestro/a? ¿No debiera ser la educación un proceso de crecimiento también para ti? Y debiera serlo porque, si tú no creces como persona, si no vas a más, si no descubres en esta actividad exigente y dura un sentido personal y un camino de desarrollo biográfico, difícilmente podrás mantener la tensión y la ilusión año tras año. Y si tú, como profesor/a, como educador/a, «te vienes abajo», pierdes tu fuerza y tu ilusión..., ¿de qué valdrá el más perfecto plan educativo?

La educación o se vive como acontecimiento al servicio de sus protagonistas (es decir, alumnos/as, pero también —y en igual medida— profesores/as, educadores/as, maestros/as, y también los padres y madres, en cierta manera) o se convierte en un procedimiento sin alma, en un proceso mecánico que a nadie satisfará ni hará crecer.

¿QUIÉN ERES?

Como la educación es, ante todo, un acontecimiento de encuentro entre personas, quizás sea de utilidad analizar, brevemente, qué entendemos por persona, qué tipo de ser es la persona y cuáles son sus dimensiones, pues todas estarán implicadas en este acontecimiento.

Antes de llevar a cabo esta descripción, permíteme que te cuente una pequeña historia:

En una ocasión, se acercó un niño a alguien que parecía muy importante en aquella villa y le preguntó sonriendo:

—¿Quién eres?

—Soy el juez de esta villa.

—No te he preguntado de qué trabajas, sino quién eres —replicó el niño sonriendo.

—El hijo del alcalde y de la farmacéutica —respondió él.

—No te he preguntado quiénes son tu padre y tu madre, sino quién eres —contestó el niño.

—Soy abogado —contestó el adulto frunciendo el entrecejo.

—No te he preguntado qué has estudiado, sino quién eres.

—Soy el dueño de esta casa y de esa finca —contestó, ya un poco azorado, el juez.

—No te he preguntado qué tienes, sino quién eres.

Finalmente, extrañado, el juez se quedó callado, pues se había dado cuenta de que no sabía realmente quien era.

En realidad, cuando cualquiera de nosotros se presenta a otros, no define quién es ni hace un resumen de su *curriculum vitae*, sino que dice su nombre. Tu nombre no agota quién eres, pero permite que te llamen, que te identifiquen. Incluso te permite identificarte a ti mismo/a. Lo que tu nombre revela no es *qué* eres sino tu *propio camino*, es decir, *quien* estás llamado a ser. En *El camino del ser humano según la enseñanza jasídica*³, el filósofo judío Martin Buber cuenta la siguiente historia que pretende mostrar que la clave para entender quiénes somos como personas es la respuesta a la llamada a recorrer nuestro propio camino:

Cuando el rabí Schnëur Salman, líder de la comunidad de Reussen, fue encarcelado en Petersburgo —porque su sabiduría y su forma de vida fueron calumniados por un cabecilla de los

³ M. BUBER, «El camino del ser humano según la enseñanza jasídica», en *El camino del ser humano y otros escritos*, Fundación Mounier, Madrid, 2003.

mithnagdim en el gobierno y tuvo que comparecer a juicio—, el jefe de la gendarmería se presentó en su celda. El rostro enérgico y tranquilo del rabí que, absorto en sí mismo, no advirtió al principio su presencia, permitió al visitante imaginar el tipo de hombre que era su prisionero. Comenzó a dialogar con él y pronto le planteó determinadas cuestiones que le habían surgido al leer la Escritura. Primero, inquirió: «¿Cómo hay que entender que el omnisciente Dios le preguntase a Adán: “¿Dónde estás?”».

«Cree usted, —contestó el rabino— que la Escritura es eterna y que en ella están abarcados todo el género humano y cada uno de los seres humanos?». «Así lo creo», contestó. «Pues bien —dijo el maestro jasídico—, en todo momento, Dios pregunta a cada ser humano: “¿Dónde estás tú en tu mundo? Después de transcurridos tantos años y tantos días de los que te han sido asignados, ¿en qué medida te has hecho presente en tu mundo?”. Algo así pregunta Dios: “Has vivido cuarenta y seis años, ¿qué estás haciendo?”».

Cuando el jefe de la gendarmería oyó que se mencionaban sus propios años de vida, se levantó precipitadamente, puso la mano en el hombro del rabí, y gritó: «¡Bravo!». Pero su corazón palpitaba⁴.

En el comentario que hace Buber, el filósofo personalista, tras narrar esta historia, explica que la respuesta dada por el rabí va mucho más allá de la pregunta hecha por el jefe de la gendarmería, pues mientras este solo preguntaba por Adán, aquel ofrece una respuesta que lo interpelaba a él mismo y a cualquier otro hombre. En efecto, la pregunta «¿dónde estás tú?» es una pregunta hecha a toda persona: ¿Dónde estás tú en el mundo? ¿Qué has hecho con todo lo que eres? ¿Qué has hecho de ti? ¿Cuál es tu auténtico rostro? ¿Cuál es tu camino? ¿Quién

⁴ M. BUBER, «El camino del ser humano según la enseñanza jasídica», ob. cit., pp. 51-52.

estás llamado/a a ser? ¿Qué has hecho con la vida y cualidades que se te han dado? Adán, como tantos hombres, se había escondido para no contestar. Y «se esconde para no tener que dar cuentas, para escapar a la responsabilidad por su vida (...). Para eludir la responsabilidad por la vida que ha vivido, la persona se construye un caparazón tras el que se oculta»⁵.

Y es que ser persona —y esto vale tanto para ti como para tus alumnos/as— es ser indefinible. No podemos definir a la persona, pues solo se pueden definir las cosas y la persona es justo lo opuesto a una cosa. Desde esta experiencia básica (no somos cosas, somos lo opuesto a una cosa, no somos un *qué* sino un *quién*), podemos tratar de describir algunos rasgos de nuestro *ser persona*⁶:

- Por ser la persona lo opuesto a una cosa, descubrimos que cada persona es única. Las cosas son replicables, hay muchas sillas iguales, muchos bolígrafos iguales, pero tú, como persona, eres única.
- Mientras que las cosas tienen un precio, tú tienes un valor. Y, además, vales por ti mismo/a y vales de modo infinito. Mientras que las cosas «sirven para» y tienen precio, la persona es valiosa por sí misma. Se trata de la cualidad que llamamos «dignidad». La educación ha de partir de esta condición esencial, pues ha de ser promovida, alentada y cuidada en todo el proceso educativo.
- Mientras que las cosas están cerradas en sí, tú eres consciente de ti mismo/a, de tu existencia. Por ello, eres dueño/a

⁵ *Ibidem*, p. 53.

⁶ Cfr. X. M. DOMÍNGUEZ PRIETO, *Para ser persona*, Biblioteca de salud mental, 2019.

de tu vida, libre y, sobre todo, responsable de ti misma/o. La educación es un acontecimiento que ha de promover esta autonomía, el que la persona tome su vida en sus manos, que se haga responsable de sí misma. En consecuencia, los alumnos están llamados a ser autores de su vida y no recipientes pasivos. Y los profesores/as, los educadores/as, los equipos directivos y los centros educativos —junto con los padres y madres— somos los protagonistas de la educación (no el plan educativo de turno o el conjunto de las materias).

- A diferencia de las cosas, que son pura exterioridad, tú, como persona, eres consciente de que tienes un exterior corporal y una intimidad. En esta intimidad que experimentamos en nosotros, descubrimos que tenemos la capacidad de darnos cuenta de la realidad (*inteligencia*), que nos afectan las cosas y situaciones en las que estamos (*afectividad*), que somos capaces de decidir y elegir (*voluntad*), y que, aun en un estrato más profundo, somos capaces de descubrir un sentido para la vida y que, para cada acción dentro de ella, tenemos amores, creencias y esperanzas. Se trata de la dimensión espiritual o personal profunda.
- Al ser consciente de tu vida, libre, y tener esa vida en tus manos, como persona descubres que tienes que realizar tu propia existencia, poniendo en juego todas tus capacidades, allí donde estás y con aquellos con los que estás. El alumno, con los compañeros y tú, con tus compañeros y tus alumnos (además, claro está, de tu familia, amigos...). Y a lo que aspiras es a ir siempre a más. Este impulso ha de ser acogido, alentado y acompañado en educación, tanto por parte de alumnos como de profesores/as y maestros/as.